

SEGURO IMPOSIBLE

El hombre ha sufrido, desde su aparición sobre la tierra, catástrofes, avatares y acontecimientos que le han dañado o herido, con frecuencia, de forma irreparable. Unas veces eran fenómenos naturales imprevisibles; otras, acciones de sus propios semejantes, en absurda lucha fratricida.

Para los primeros sucesos, aquéllos que escapan a su voluntad, y para los que ocurren por el simple transcurrir del tiempo, como la vejez, que deteriora la fuerza y la energía personal, se han buscado sistemas compensatorios que disminuyan sus consecuencias negativas. Así surgieron las antiguas Hermanandes y Cofradías, los socorros mútuos y, modernamente, los seguros que cubren ciertos riesgos. La importancia del tema obligó a la intervención benéfica y social de los Estados actuales, obligando a la solidaridad en situaciones creadoras de necesidades.

Para las catástrofes provocadas por los propios hombres, como la guerra, no ha sido posible encontrar remedio ni previsión. Tampoco para otros daños no evaluables en esa medida de valor, tan deseada y por la que se cometen tantos atropellos, como es el dinero. Se sobreentiende que son algo normal, efecto del hecho de vivir.

Resulta decepcionante que un incendio, un pedrisco o una helada puedan, en cierta manera, ser previstos y diluidos o remediados sus efectos y, sin embargo, no hayamos encontrado el medio de evitar el profundo, doloroso y decepcionante daño que con las actuaciones, los egoismos, las envidias, las ambiciones sin fondo ni medida, causan ciertas personas a otras aún no formadas y, por consiguiente, sin dureza para resistir la agresión, ni fuerzas para salvar sus blancas ideas.

Recuerdo con singular estremecimiento aquella

época de la juventud, ya cada vez mas lejana, en la que nuestros pensamientos eran cándidos, limpios de malicia y de rencores. Creíamos en un mundo bello y bueno, hecho para la cálida convivencia; un mundo en el que las estrellas eran lucecitas que Dios encendía para adornar nuestra noche romántica, en la que, rípidamente, escribíamos el conmovedor primer soneto a la novia adolescente; un mundo en el que hallaríamos ayuda en nuestras caídas, consuelo en nuestras desgracias, guía en los desconocidos caminos, comprensión para nuestras torpezas, reconocimiento para nuestro valer, afecto para nuestra nobleza.

Lástima que el tiempo y alguna gente -demasiada - ensucien estas ideas y sentimientos de juventud con la rudeza de sus golpes bajos, el veneno de sus insidias, la ruindad de sus rencores; lástima que contagien el virus de sus miserias y ambiciones, destruyendo la confianza y el amor generoso, transformando en basurero de detritus malolientes, el oro purísimo del corazón; lástima que deshagan aquel maravilloso mundo, lleno de luminosas estrellas que Dios encendía para nosotros; lástima que - la pérdida de tanto bien; imposible de valorar y de recuperar, no pueda ser compensado, porque no existe seguro capaz de cubrir siniestros inexorables e inevitables.

Esperemos, sin embargo, que algún día se descubra alguna forma de evitar tan repetida y estúpida catástrofe, que siembra la destrucción de lo mas hermoso, emotivo y noble del alma humana.